



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

FRANCISCO JAVIER JIMÉNEZ DELGADO



Es un pianista afamado,
y habrá muy pocos maestros
tan notables y tan diestros
como Jiménez Delgado.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Las lamparillas, por Juan Pérez Zúñiga.—Carta abierta, por Angel R. Chaves.—Paliq, por Clarín.—¡Cosas de mujeres!, por Fiacro Yrázoz.—Casi-epitalamio, por Sinésio Delgado.—Carneros bravos, por Mariano de Cavia.—Cosas de cuartel, por Miguel Portolés.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Javier Jiménez Delgado.—Ensayo.—Anuncios, por Cilla.



Anda por ahí un sujeto á quien no conozco ni de vista, pero cuyas señas me han dado y son las siguientes:

Cortos los remos, anchas caderas,
boca rasgada de tiburón,
y por orejas dos alambreras
y por narices un salchichón.

Pues bien, el tal sujeto ha dado en tomar mi nombre y en escribir cartas á mis amigos pidiéndoles duros, ó bien se presenta á los que no me conocen personalmente y les dice:

—Yo soy Taboada y vengo á decir á usted que estoy sin comer desde el día 8.

—¡Caramba! No sabía que fuese tan horrible su situación.

—Muchísimo. Este gabán que llevo me lo regaló un cómico de Martín, porque á él le estaba ancho.

—Vaya, pues tome usted este par de pesetitas y arréglese como pueda.

—Muchísimas gracias en nombre de mis hijos.

El caso es que yo estoy pasando por un petardista impenitente, y no sé qué resolución adoptar ni qué debo hacer para que me devuelvan el crédito.

De tal suerte ha cundido la noticia de mi mala situación, que ayer recibí carta de un tío que tengo en Pontevedra, y el buen señor me dice:

«Ya sé que estás sufriendo muchas privaciones y que apelas á la generosidad de los amigos. El jueves llegó de ésa D. Policarpo, el sacerdote, y por él supe que te dió cuatro pesetas y una sotana para que le hicieses un abrigo á tu niña.

Yo no puedo ver con calma tu situación y adjunto te remito esos cinco duros, para que te abrigues, y si quieres te enviaré una carta para Rodríguez San Pedro, á quien he tratado mucho, á fin de que te coloque en consumos con tres ó cuatro pesetillas.»

El otro yo, no sólo pide dinero á todo el mundo, sino que contrae deudas y asiste á las tertulias en clase de poeta festivo. La otra noche estuvo en casa de la viuda de Vázquez y se le llevó dos cucharillas de plata y un vestido de merino negro.

La viuda vino á verme al otro día.

—¿No vive aquí Taboada?—preguntó con malos modos.

—Sí, señora.

—Pues dígame usted que se presente.

—Aquí me tiene usted.

—¿Cómo?

—Yo soy.

—¡Quiá! Yo quiero ver al que escribe en el MADRID CÓMICO... ¡Valiente tunante! ¿Quiere usted creer que se me ha llevado dos cucharillas? Y no podrá negarlo, porque las de Cabezón le han visto metérselas en una bota. Además, me falta un vestido.

La viuda no quería convencerse de que yo era yo, y tuve que enseñarle la cédula personal, las iniciales de la ropa blanca y un grupo fotográfico que me hicieron cuando yo era chiquitín, y en el cual aparezco sentado sobre las rodillas de un teniente de provinciales que era íntimo de mi familia y estaba empeñado en prohijarme.

Entonces la viuda me contó cómo había conocido al otro.

—Mire usted—dijo,—yo soy muy amante de la gente de pluma, y una tarde en el tranvía conocí á ese bribón, que llevaba los dedos llenos de tinta, y comprendí por este detalle que se trataba de un escritor público. Entablamos conversación, y yo le ofrecí mi casa y le invité á las reuniones. No se hizo rogar, y al día siguiente se presentó en mi domicilio á la hora de comer. Entonces tuve que invitarle á que probara el lomo frito, y el hombre, sin andarse con escrúpulos, se puso á comer como si nos conociéramos de toda la vida. ¡Ay! Usted no sabe los atracones que se ha dado en mi casa.

Yo consolé á la viuda, prometiéndole confundir al bribón que toma mi nombre para perjudicarme y comer de gorra, pero hasta la hora presente no he podido dar con él.

El mejor día, puesto que él no me conoce personalmente, voy á ser detenido en la calle por el tal sujeto, que me dirá como acostumbra:

—Caballero, no he comido hoy. ¿Podría usted darme una peseta? Quizás haya usted leído mi nombre alguna vez... yo soy Taboada...

¿Para cuándo son los tribunales de justicia?

* * *

Todo el mundo habla de la subida de los cambios extranjeros y de los peligros que nos amenazan.

Unas veces porque no llueve y otras porque llueve demasiado, lo cierto es que el consumidor sale perdiendo siempre. Ahora, con motivo de la dichosa subida, todos los artículos extranjeros se venden á precios elevados.

Ayer fuimos á comprar un librito *cosmopolite*, y nos dijo la estanquera:

—Con esto de los cambios, ha subido el papel de fumar, y dentro de poco subirán hasta los mangos de pluma.

Lo peor es que todos los comerciantes toman el pretexto de los cambios para aumentar los precios y estrujarnos el bolsillo.

Ya no son los géneros extranjeros los únicos que han subido: también los nacionales cuestan hoy bastante más que el año pasado.

—Castañera, déme usted diez céntimos de castañas.

—Allá va corriendo.

—Pero ¿cuántas me da usted?

—Cinco.

—¿Cómo cinco?

—Sí, señor. ¿No sabe usted que con la elevación de los cambios ha subido todo?

¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros?

LUIS TABOADA.

— * * —
LAS LAMPARILLAS

Si mucho amaba Librada al bueno de Blas Garrido, con quien estaba casada, más quiso á Santos Moncada, que fué su primer marido.

Ocultando á Blas sus llantos, ella rezaba por Santos la noche de los difuntos, pues vivieron siempre juntos hasta el año ochenta y tantos.

Para que en un periquete fuese al cielo el pobrecito, le encendió en su gabinete seis lamparillas ó siete en un plato muy bonito.

Y aquella noche, Librada (que era mujer arreglada) no tuvo más alumbrado para andar por su morada que las luces del finado.

Rezando estaba llorosa por el eterno reposo de Santos su antigua esposa, cuando á su casa espaciosa llegó su segundo esposo.

—Mujer, ¡qué tufo se nota! (dijo Blas) ¡Qué disparate! ¡Y aquí no se ve ni gotal! ¡Está la lámpara rota, ó quieres que yo me mate? ¿Qué luces has puesto aquí?

Y ella dijo:—Como á ti no creo ofenderte yo, voy á ver si salvo así al pobre que falleció.

—¿Con lamparillas?

—Sí, Blas.

Pero celoso no estés, porque te quiero á ti más. Dame un beso.

—El caso es

que no veo en dónde estás.

Y Blas, al irse directo á demostrarla su afecto, tropieza en un *artefacto*, y el golpe es de tal efecto que el pobre muere en el acto.

Librada, ante su viudez, golpeándose el *testuz*, dijo angustiada:—¡Pardiez! ¡Quedarme viuda otra vez sólo por falta de luz!...

¡Era, en efecto, ilusoria la luz de Librada Osorio, mientras *pasaba* á la gloria el ánima en pepitoria que estaba en el purgatorio! ¿Y qué ha logrado Librada? Que salga de allí Moncada y que entre á la vez Garrido. Total, que no ha conseguido absolutamente nada.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CARTA ABIERTA

«Tapada de medio ojo
era la luna anteanoche,
haciendo con los nublados
lo de si coge ó descoge.

De su postrer cuarto avara,
por no hacer de luz derroche,
sus dudosas claridades
nos mandaba á lamparones.

Y como es tu calle estrecha
y no muy limpia la corte,
y tu casa, por lo alta,
bien puede pasar por torre;
como saber es preciso
cómo los ojos se ponen,
que en una visual abarquen
lo mismo el llano que el monte,

al procurar dejar sueltos
del colodrillo los gonces
por lograr que mis miradas
llegaran á tus balcones,
soñando con tus hechizos,
las tres Gracias me perdonen,
en un perfumado charco
di con mis pies disconformes.

El aviso á mis narices
llevaron dos salpicones,
que yendo en postas al fieltro
pararon en mis bigotes.

Y yo, de saber ganoso
cuáles eran mis prisiones,
en mal hora, que no en buena,
de bajar hube el cogote.

A tiempo que una ventana
abriendo una maritornes,
sin el «agua va» del rito,
sin ser cura bautizome.

Perdona que de las aguas
de tal Jordán no te informe,
que eran, si no en el aroma,
ámbar pura en las colores.

Mas razón es que te diga
que, bajo el líquido golpe,
cual honra en boca de dueñas
toda mi gala quedóse.

Subir á verte en tal guisa
te aseguro por mi nombre
que hubiera sido á tu olfato
hacer una afrenta enorme.

Pero aunque á mi cortesía
vencieran las tentaciones
de ver de cerca esos ojos,
que son abreviados soles,
ni de pensarlo me dieron
tiempo los hados traidores,
que antes que aquella alquitira
suelta diera á mis talones,
como á golpe de conjuro

salieron no sé de dónde
para cercar mi persona
cuatro ó cinco capeadores.

Lo fiero de mis arrestos
no tengo por qué te encomie,
que nadie como tú sabe
si soy hombre ó no soy hombre.

Mas sin duda romadizo
padecían los ladrones,
que, á olerme, yo te aseguro
que en mí las manos no ponen.

Y sin atender mis quejas,
ni respetar mis pudores,
tan manchadas y desnudas
dejaron mis perfecciones,
que al dar conmigo un alcade,
no con mal juicio, creyóme
Adán antes del pecado
y aun antes de haber jabones.

Desde el lecho en que me tienen,
si no fiebres y dolores,
una falta de gregüescos
en que no pensó Aberroes,
estas letras de mi mano
te envió con la Villodres,
para ver cómo me sacas
del Argel de estos colchones.

Como sé que te visitan
rendidos adoradores
que ante tu mucha hermosura
más que el sombrero deponen,
con maña te ha de ser fácil
mandarme un par de jubones
con que en demanda de gracias
rendido á tus pies me postre.

Sólo advertirte me resta
que, de no hallar ocasiones
de desnudar á un vestido
para vestir á este pobre,
á ningún ginovés lleves
aquel cintillo de aljófares
que te ofrecí dadivoso
en pago de tus favores.

Pues, á más de ser recuerdo
de quien de tu vida es norte,
pueden decirte que es falso,
y tal vez no se equivoquen.»

Con una letra muy mala
y entre dos sorbos de aloque,
cierto galán del agarro
puso fin á estos renglones.

Y dando á comer sus carnes
del lecho á los pobladores,
entre si duerme ó si vela,
amodorrado quedóse.

ANGEL R. CHAVES.

PALIQUE

Aquí debía hablar á ustedes, ante todo, de *La vida cursi* del compañero Taboada; pero, así como hay espíritu... de cuerpo, y honor de clase, y aire de familia, hay... pudor de periódico; y á mí me da vergüenza ponerme á elogiar en el MADRID COMICO á ese

...ruiseñor que está
dos ramas más adelante,

quiero decir, al vecino del principal (como le llamo en otro periódico, donde más latamente se contiene).

Perdone Taboada lo del *ruiseñor*, que no es cosa mía, sino de la cita.

En fin, ello es que *estando él delante* no me atrevo á decir de D. Luis lo mucho bueno que merece.

Tampoco puedo alabar al editor de *La vida cursi*, que ha publicado el libro con un lujo digno de la obra; no puedo alabarle... por razones de pública honestidad, como diría Silvela.

No puedo elogiar más que al dibujante que ilustró, como se dice, el tomo. Angel Pons tiene mucha gracia, penetra bien la idea del escritor, y se toma el trabajo, que otros suelen olvidar en su caso, de enterarse del argumento, del texto.

Mi imparcialidad en este elogio salta á la vista, pues si fuéramos á ajustar cuentas y buscar represalias, podría yo recordar que á Pons le debo un retrato en que estoy muchísimo más feo que *nature*, como dicen los clásicos... franceses. Tal vez Pons me habrá visto á través de su temperamento, y tendrá un temperamento pesimista en punto á defectos físicos; pero de todas suertes, yo protesto contra los agravios de su lápiz. Soy feo, convenido, ¡pero no tanto! Si yo fuera como Pons me pinta, ya había

parecido el antropoide, ó como se llame, que no encuentran los transformistas. Aunque en punto á ilusiones yo ya no tengo una almena que pueda decir que es mía, no quiero que se vaya creando una leyenda de mi fealdad y que se me llegue á tomar por un Moyano... poco consecuente en política.

Volviendo á Taboada, que tampoco es un Adonis, ni un Venus de Milo, que yo sepa, le diré en confianza que su libro me ha hecho lanzar carcajadas, que no sé si serán homéricas, pero que *constituyen*, como diría Linares Rivas, su paisano, un verdadero placer.

Taboada es de los pocos escritores que todavía nos hacen gozar la alegría de la *risa artística*. Para concluir: el colmo de lo *cursi* es no comprender lo mucho que vale el autor de *La vida cursi*.

Lo que comía D. Quijote las más noches ha servido á Mariano Cavia para dar título á una nueva colección de artículos publicados en elegante volumen por el mismo editor de Taboada.

Recuerda Cavia en el prólogo de *Salpicón* que yo le he dicho hace tiempo «Menos cocina y más literatura,» y quiere hacerme ver que esta obra que ahora da á luz ni es de cocina ni es de literatura. Pura modestia. Literatura es, y nada vulgar, á pesar de las apariencias. No diré yo, como el fraile Blanco García, que Cavia sea un Voltaire español; es claro que *le bilan* de Cavia no es equivalente al que estudió Brunetiere en la obra del autor de *Cándido*, y que Morley no podría con motivo del discretísimo redactor de *El Liberal* escribir lo que ha escrito acerca de la influencia del famoso Arouet, pesadilla de clérigos tranochados; pero sin llegar á estas comparaciones odiosas, ni para bien ni para mal, bien se puede reconocer que en el autor de los *Platos del día* hay facilidad, abundancia, intención, chiste no pocas veces, y que sus artículos más ligeros indican en él mucha lectura, facultad de asimilación, y gran perspicacia sobre todo.

No extrañe Cavia que, en vista de todo eso, yo insista en desear que, sin dejar de ser quien es, ni siquiera sin dejar de ser *S-baquillo*, consagre parte de su actividad á la literatura de otro género, aprovechando en trabajos de crítica, por ejemplo, su buen gusto, su conocimiento, su juicio recto, su independencia de carácter. ¡Hacen tanta falta escritores con estas cualidades!

Revista de poetas:

Lo último que se sabe de Grilo es que ha escrito un soneto á una niña suplicándole que se parezca á su abuelo y á su abuela. El abuelo *en cuestión* es Sartorius, el conde de San Luis, á quien Grilo llama coloso ó gigante ó cosa por el estilo.

Vamos, más grande que su país, como dice Campoamor hablando de Cánovas.

¡Estos poetas son lo más ponderativos!

Manuel del Palacio continúa hecho un pedernal; arrima la yesca de sus ripios á la *dura madre*, como si dijéramos, y ¡fuego! ¡allá van *chispas*! Una de las últimas nos presenta un hombre que quiere caminar por la *dritta via*, como dijo el Cheste italiano, á saber, Dante, y para conseguir su objeto no se apoya en nadie, porque «el que se apoya se inclina.»

Pero D. Manuel, ¡usted confunde la vertical con la horizontal! Primeramente, el que se apoya no necesita inclinarse; pero, aunque se incline, ¿no puede seguir la línea recta? ¡Vaya unas moralejas geométricas que confunden las perpendiculares! ¡Por Dios, Sr. Palacio! No sólo de pan vive el hombre, corriente; pero ¿no se puede vivir sólo del archivo?

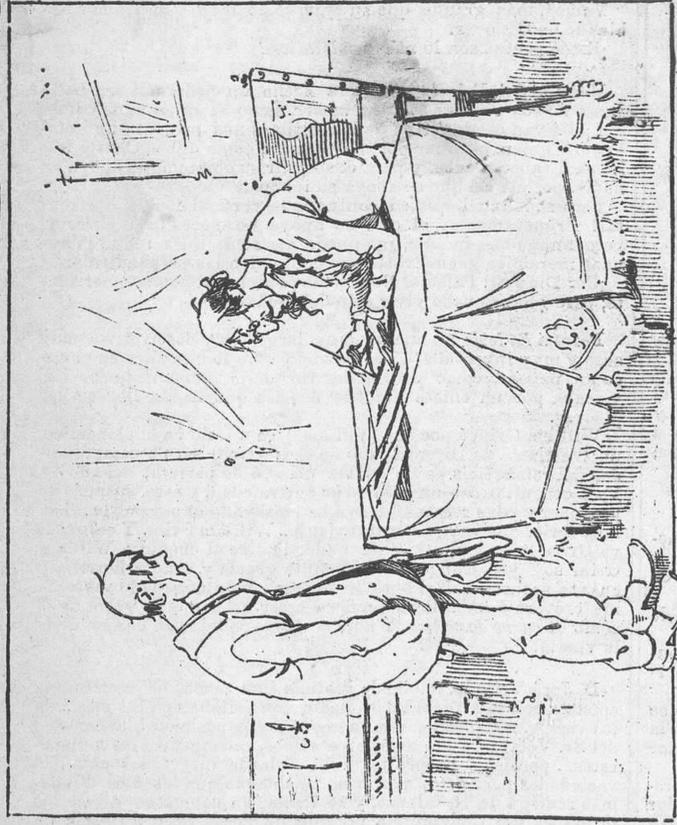
Ferrari *ha leído* un cuento muy largo, muy descriptivo, muy soso y muy inverosímil. Va diciendo todo lo que hace en el circo un payaso, como podría decirlo un *programa de la función*, y acaba por un chiste lúgubre de esos que hacen llorar á las piedras.

William Grim (¿por qué William?) es un clown melancólico, un Werther... de Dicenta, uno de esos titiriteros no comprendidos del romanticismo de cuarta clase, ó de perrera, del año 30. Va á consultar con un médico su enfermedad, y éste, después de proponer varias recetas que ya ha ensayado el payaso, le dice, muy serio, que vaya á ver trabajar á... William Grim. Y entonces va Grim ¿y qué hace? Pues nada, le dice al médico: William Grim soy yo. ¿Eh? ¿qué tal? ¡Cuánta gracia y cuánta filosofía y cuánta naturalidad! ¡Pobre Sr. Ferrari, cuán engañado vive! ¡Si me creyera á mí!... Pero prefiere creer á los que se valen de él como de *carne de crítico*. Y además le despellejan en cuanto él da la vuelta.

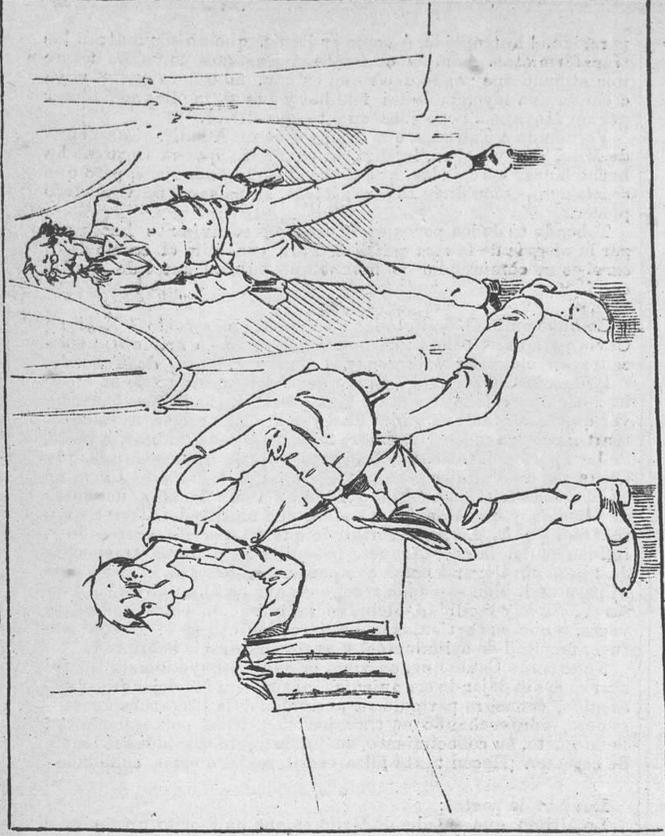
D. José Velarde, haciendo justicia á su musa, ha escrito una epístola con *pies forzados*, es decir, con grilletes en los pies... de los versos. Así y todo, ésta es la mejor composición que conozco del Sr. Velarde. Toda se vuelve ripios, incongruencias y disparates... pero es á propósito; el Sr. Velarde dice todas aquellas vaciedades por gusto, por broma, sabiendo que las dice. Y además reniega de su talento, y se llama, en competencia con los príncipes del Congo, una porción de cosas feas acabadas en ongo, y en ango, y en ambo, y en umbo... En fin, dice que él es un *zanguango* ó cosa así... No recuerdo cómo titula el Sr. Velarde esta poesía, pero yo creo que debiera llamarla *El camino de Damasco*.

CLARÍN.

ENSAYO



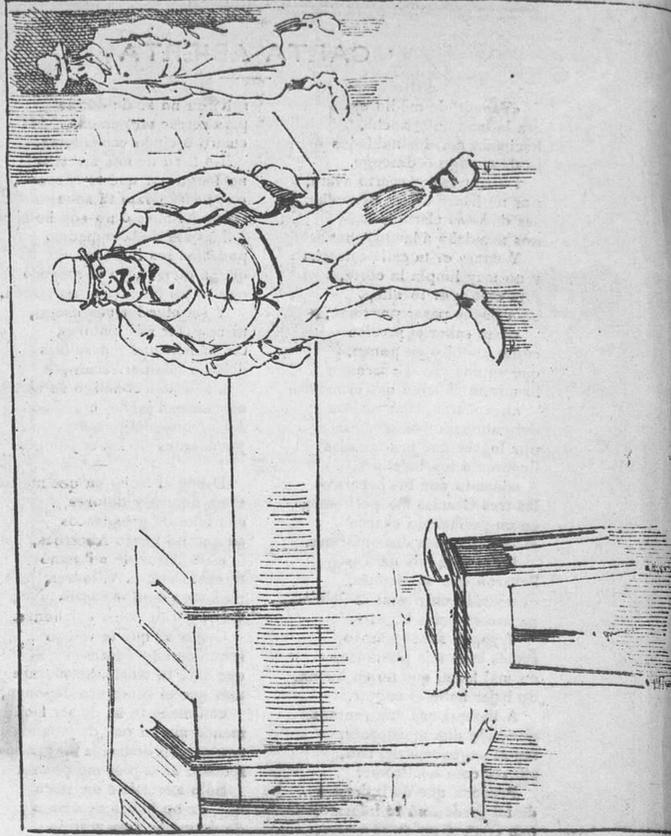
—Espere usted un momento, que estoy concluyendo el preludio.



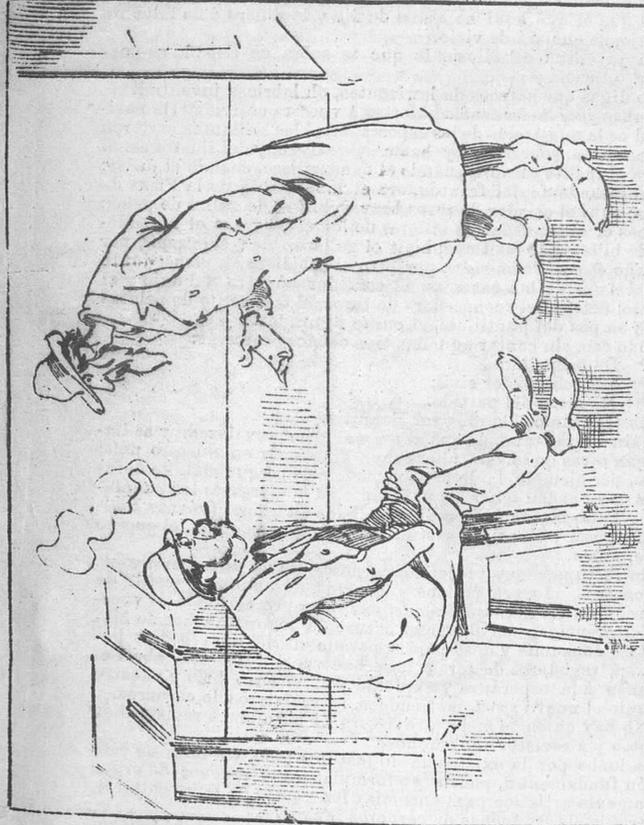
—Cuidado, ¿eh? ¡que está fresco!



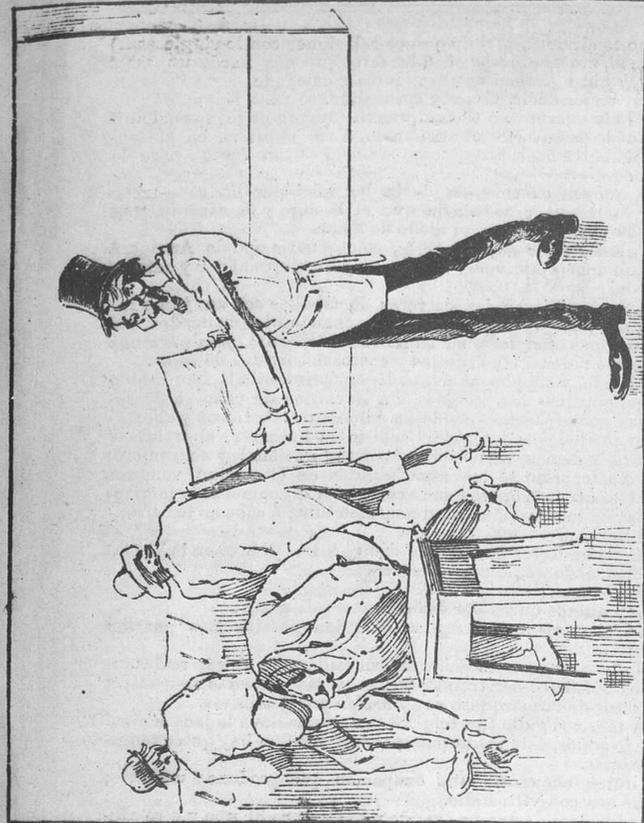
—Aquí...



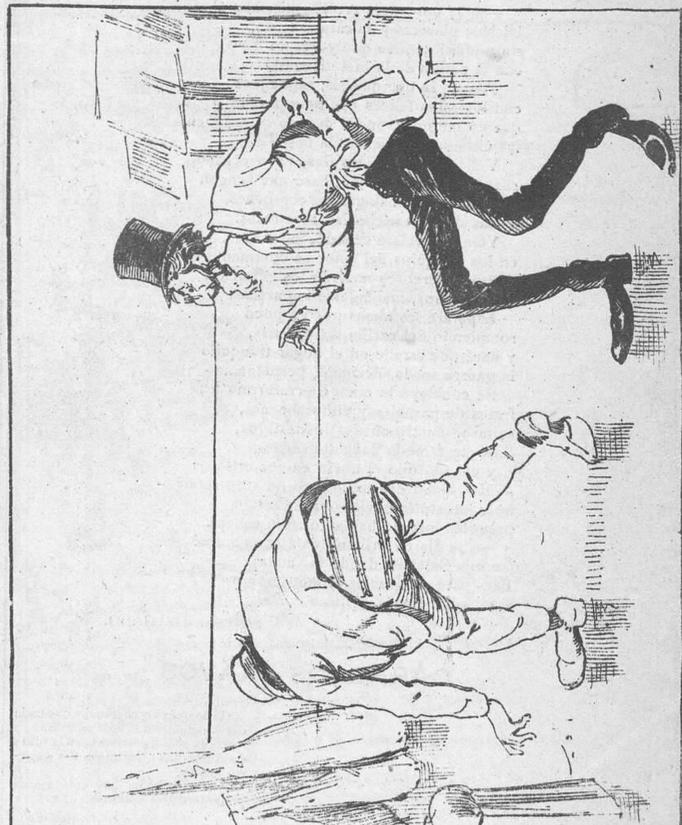
—No ha venido nadie todavía.



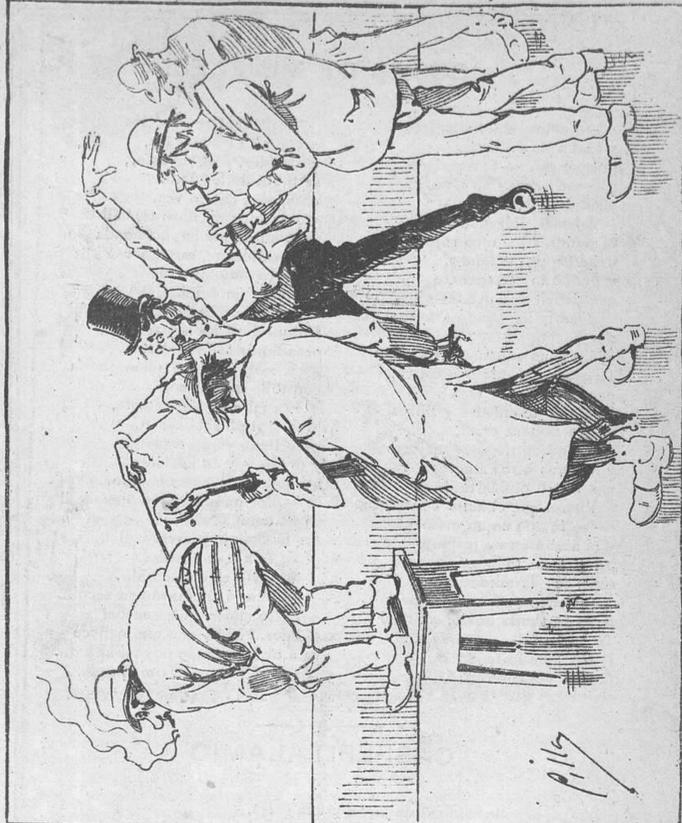
—¿Podemos empezar?



—¿Dónde está la partitura?



—¡Aquí!



—¡A una!

¡COSAS DE MUJERES!

—Vamos, sosiégate, Irene, y acaba ya de llorar, porque eso no te conviene. ¡Vé que la cosa no tiene nada de particular!

Además, llorando tanto, te pondrás los ojos rojos, irritados por el llanto, y perderán ese encanto que tienen siempre tus ojos.

¿Que te ha dejado Perico por tu amiga Magdalena, dándote un solemne mico? Tienes razón. Me lo explico, pero no vale la pena

de que te enfades y llores de esa manera cruel. ¡Ya vendrán tiempos mejores y hallarás otros amores que hagan olvidarte de él!

Piensa que el amor constante no se rompe en un momento, y él acabó en un instante porque era todo un farsante sin pizca de miramiento.

¡Conque no llores ya más! ¿Que no tienes novio? ¿Y qué? Tú lo tendrás, ya verás, y digo que lo tendrás porque yo lo buscaré.

Te presentaré modelos y, como tú no eres fea, te decides, y él, de celos, se tirará de los pelos enseguida que lo vea.

—¡No, si no lloro por él! ¡Si á mí no me importa nada que ese infame, ese cruel me haya sido tan infiel que me deje desairada!

—¿Que no es por él, hija mía? Entonces ya no hay razón para llorar todo el día.

—¡Si es por ella, á quien quería con todo mi corazón!

Era mi amiga constante, la más predilecta acaso, pero tiene ya un amante, y desde hoy en adelante no querrá ya hacerme caso.

—¿Por qué no? ¿Qué nimiedad! Si era amiga cariñosa, seguirá siéndolo, ¿verdad? ¡Una cosa es la amistad y su novio es otra cosa!...

—¡Tengo el corazón ya seco!...

—Pero, mujer, ¿qué sucede?

—Pues... nada, que ese muñeco va á ocupar desde hoy mi hueco... ¡y eso es lo que más me puede!

FIACRO YRÁYZOZ.

CASI-EPITALAMIO

Se casaban un joven y una chica, buenos mozos los dos, ¡linda pareja! y acechaba el demonio entre las sombras detrás de una columna de la iglesia.

—¡Qué contentos están!—pensaba el réprobo.—

Dichas, placeres y dulzuras sueñan, sin poder figurarse que yo espío con la copita de la hiel dispuesta.

¡Pensad lo que queráis; regocijaos con los ratos felices que os esperan, que yo me interpondré cuando se apaguen los últimos rumores de la fiesta!

Y siempre entre los dos, aprovechando cuanto pueda servirme, haré que vengan después de los halagos los reproches, detrás de las caricias las tormentas.

Yo alerta velaré cuando, abrazados, en los deliquios del amor se duerman, y en sus cerebros nacerán los gérmenes de caprichos, maldades é impurezas.

Separaré las almas poco á poco rompiendo del cariño las cadenas, y haré que estalle en el hogar tranquilo la guerra sorda, desigual, perpetua...—

Se concluyó la misa. Se cruzaron frases de parabién y enhorabuenas, soltaron cuatro chistes los testigos, lloró de firme la flamante suegra, y cuando dijo el novio en voz melosa: —Has dicho que me quieres. ¿Es de veras?— no contestó la novia, porque estaba prendiéndose un brillante en la cabeza.

—¿Se fija en brillantitos á estas horas? (se dijo Satanás, dando la vuelta). Pues para desgraciar el matrimonio estoy aquí demás... ¡Basta con ella!

SINESIO DELGADO.

CARNEROS BRAVOS

«Otro nuevo espectáculo, que cada día va adquiriendo más adeptos. El día 18 del corriente, en la plaza de Amorabieta, lucharán dos carneros bravos. Para esta lucha hay concertadas ya importantes apuestas.»
(El Heraldo de Madrid.)

¡No, y lo que es como hacernos falta, era una barbaridad la falta que nos hacía un nuevo sport!

(Aprovecho la ocasión para «descubrir» que sport es deporte en castellano; pero como yo lo he dicho así muchas veces, y la mayor parte de los lectores parecía quedarse en ayunas, no he tenido más remedio que volver á la palabra inglesa, porque otra

cosa no tendremos, pero lo que es relaciones con los ingleses...)

Pues sí, era una barbaridad la falta que nos hacía un sport nuevo, y ahí le tienen ustedes vivo y coleando.

O por mejor decir, vivo y corneando.

Sport sin cuernos no se comprende. Cuando no los luce el animal, puede ostentarlo el aficionado, ó sea el primo, en el lenguaje de entre bastidores, como símbolo de su fuerza para la afición.

Los nuevos cuernos—es decir, las aficiones nuevas—traen ahora la misma procedencia que el besugo y la sardina, y el modo de vestir, y hasta el modo de amar.

La luz nos viene hoy del Norte, como en tiempo de Arouet, á quien no debéis equivocar con Aruej, ¡oh autores al uso y actores de moda!

Del Norte vinieron las carreras de caballos con sus jacos inútiles, sus jockeys descalabrados, sus chanchullos de cuadra, sus subvenciones oficiales y su timbirimba elegante, para curarnos de nuestro amor á las brutales y costosas corridas de toros.

Del Norte, y sin chocar con nadie en Quintanilleja, han venido á «regenerarnos» los pelotaris, y á llevarnos de paso—ó de revés—las pocas pesetas que dejan á nuestros laboriosos y ahorrativos madrileños la lotería, el monte, el baccarrá, el treinta y cuarenta y demás variedades del sport nacional y extranjero.

Del Norte, si no se los come alguien en el camino, vendrán ahora los carneros bravos, para completar dignamente la meritoria obra de instrucción y recreo que se lleva á cabo en los círculos gallísticos.

—Hay cien duros por tablero. No va más... ¡Nueve en la banca!

—Encarnado gana, color pierde...

—Diez duros lleva la sota...

—Doy quince duros por esa delantera de grada.

—Yo siempre con Araquistain. ¡Cien pesetas más por los azules!

—Mañana se sortea... Señorito, un millón por veinte reales.

—Soy Edelmira por treinta duros en las apuestas mutuas, y en la poule de la marquesa soy Barbán por dos luises.

—¡A morir el gallo tuerto! ¡Dos onzas más lleva la jaca ceniza! Por lo demás, éste es un país pobre y aquí no hay quien tenga dos pesetas.

Ni quien encuentre una ocupación que produzca un duro, aunque sea con vilipendio.

A todas horas estamos oyendo repetir por ahí uno y otro aforismo; pero yo al sport me atengo, porque él—desde las nobles pelotas del Septentrión hasta los altivos cuernos del Mediodía, desde el caballo pur sang hasta el gallo de pelea—demuestra de sobra que el que aquí se queje de falta de dinero ó de falta de trabajo, se quejará de vicio.

¡Oh juventud estudiosa, lo que te sobra en España es porvenir!

¡No digas que careces de horizontes, oh labriosa juventud!

Ambas juventudes tenéis abiertas á vuestra actividad (la pasividad es la nuestra, la de los espectadores) las brillantes carreras en que lucen, sobresalen, y hasta sobreviven, ya el ilustre espada, ya el ínclito pelotari; cuándo el banderillero, cuándo el jockey; ora el intendente del frontón, ora el mono sabio de la Plaza de Toros; aquí el criador de reses bravas, allí el de gallos de pelea; á veces el expendedor de billetes de lotería, á ratos el revendedor de billetes de los toros; bien el gallero, bien el gurupié; por un lado el gentleman-rider, por otro el caballero en plaza; junto al bookmaker de las carreras, el corredor eúskaro del agio y el momio; detrás del «conocedor» de toros, el fabricante de pelotas finas; en pos del puntillero, el punto figurado...

Todo eso, sin contar aquellas tres clásicas carreras:

1.^a De brigadier;

2.^a De gobernador civil;

3.^a De moza del partido.

Las tres tan celebradas por Barrutia.

Y sin contar también que al fin y al cabo prevalezcan y se impongan otras que hasta ahora han fracasado en nuestro país; como, por ejemplo, la de los «boxeadores», porque maldito el interés que pueden tener los puñetazos en la tierra de las puñaladas, y la no menos desacreditada de los andarines (véanse Bielsa, Bargossi y otros), en virtud sin duda de que aquí... el que no corre, vuela.

Por fortuna, ahora vienen los carneros bravos para desengrasar.

Vosotros, jóvenes pálidos y muertos de ambición (estilo de Alarcón en *La Noche Buena del poeta*), que en el fondo de vuestras provincias y en el rincón oscuro de los cafetuchos de Madrid os consumís y desesperáis, porque ni siquiera podéis llegar... ¡á revisteros de toros! desechad vuestra tristeza, abrid el corazón á la esperanza y explotad con vuestro brío y vuestro ingenio el nuevo sport, metiéndooos... á revisteros de carneros.

¿No hay quien se mete á revistero de caballos, á revistero de pelotas y á revistero de salones?

La lucha por la existencia lo justifica todo, y á falta de esta razón fundamental, podría yo formular otras razones de orden puramente artístico para encomiar los gustos de la juventud literaria hacia las luchas de carneros bravos.

Es de evidente notoriedad, pongo por caso, que el tecnicismo taurino, después de haberse metido en nuestro idioma hasta la médula de los huesos, nos sabe á poco y no nos basta para nuestras juergas lingüísticas.

Gracias á las carreras de caballos y á los partidos de pelota vamos reanimando un poco la variedad del habla (aunque sea á

costa del bolsillo); pero el influjo de la fraseología del *stand* y del frontón no es bastante, y en este sentido creo que ha de venir á colmar nuestros deseos la fraseología de las luchas de carneros bravos.

¿Que no la hay?

¡Pues se inventa!

La cuestión está en ser «españoles ante todo,» y ya que en esto de las invenciones no sea nuestra patria la de Graham Bell, Alba Edison, *e tutti quanti*, siga siendo al menos la patria del Gordo, inventor del quiebro, y de Martín Gala, inventor del *mararán*.

Nuestra grandeza consiste en eso: en no saber inventar más que modos de malgastar el tiempo, de malgastar el dinero y de malgastar la saliva.

MARIANO DE CAVIA.

¡COSAS DE CUARTEL!

(ENTRE TROMPETAS)

—En cuando me hagan clase, que supongo será lo más tardar para el invierno, y tome los galones de segundo... te lo he dicho tres veces, Indalecio, ese sargento López... se la carga tan fijo como hay Dios... ¡ó yo reniego de ser quien soy!—Ten pesqui y no seas tonto. —Pero ¿te parece á tí que está bien hecho?... ¡Pegarme dos guantás el muy cobarde! Eso lo encuentra mal too el regimiento, porque dimpués de ser una acción fea, ¡me hinchó la cara el bruto!—¡Por supuesto! —Se ha creído ya el uno de la banda, y él toca... lo que toca, y tos toquemos... lo que toquemos.—Justo.—Por lo tanto, ya me carga el que esté siempre diciendo que tié privilegiá la embocadura y un pulmón que resiste sin aliento media retreta. ¡Que lo cuente á otros! porque, pongo por caso, yo, y tú mismo, aunque no semos clases entavía y hasta hoy nos consideran como ceros, damos un punto, que el sargento López... ¡no lo da ni pa Dios!—¡Pues ya lo creo! Es, Peralta, que á tí te tié calao, y si no, ya lo ves, á ca momento, patá sobre patá...—Pues justamente, y en cuando que le vea... ¡yo me entiendo! de hombre á hombre ¿qué va?—Calla y resínate... y no des que decir.—Es que le pego, con galones y to.—Ten más prudencia, y piensa en que te puen formar consejo... —¿No reventarle yo? ¡Mia que sería!... Na, ¡que me marchó á ver dónde le encuentro! —Oye una reflexión.—¡Ni una palabra! —Pero hombre...—Que te calles, Indalecio; suelta el brazo.—¡Que no!—Que sí. ¡Estoy libre, y á comérmele voy sin más remedio! —Cállate, hombre, que viene.—¿Quién?—Pues mialo, él por él, López.—¡López! ¡chist, silencio!

.....
(Si no fuera porque uno mira cosas .. ¡la pagabas!) Á la orden, mi sargento.

MIGUEL PORTOLÉS.



Siguen las bromas inocentes de los empleados de correos. Nuestro corresponsal de Mataró no ha recibido el paquete correspondiente á la semana última. Pero no tiene motivo alguno para quejarse. Porque, al menos, ha recibido la faja. Y dentro de la faja del MADRID CÓMICO un ejemplar de *La Semana Popular*, que se publica en Barcelona. El cual ejemplar de *La Semana* habrá faltado, como es de suponer, á un suscriptor de nuestro colega... ¡que puede muy bien haber recibido el paquete del MADRID CÓMICO!

Acabo de recibir el primer número de un nuevo colega que viene «al estadio de la prensa» con la décima siguiente... y otras por el estilo:

«Descanse, pues, tu alma pura
mientras vierto amargo lloro;
guarde el precioso tesoro
la sencilla sepultura.
Llena de gloria y ventura
estarás del cielo en Dios...»

¡Del cielo en Dios? ¿Qué es eso? ¡Ah, ya! Puede que sea una trasposición y haya querido decir: «Estarás en Dios del cielo.» Y puede que sea una errata y la idea sea ésta: «Estarás del cielo en pos...» Pero de todas maneras.... aguaderas.

Y acaba así:

«No nos veremos los dos
hasta pasar á otra vida...»

Hasta pasar usted, porque ella ya ha pasado, desgraciadamente, según se desprende del texto

«la esperanza está perdida;
¡adiós hasta entonces! ¡Adiós!»

Adiós, pero llévese usted la sílaba que le sobra al último verso.

En un artículo que publica *El País* y que se titula *La cometa*, leo lo siguiente:

«El papel se decoloraba, la cola disminuía. Se le hicieron bujeros.» Y no sé si el artículo es traducido ú original. Si es traducido... libremente, malo es que la libertad llegue hasta los bujeros; y si es original... ¡ah! entonces no tengo que decir nada absolutamente.

A punto de cerrar la edición de este número, recibimos un comunicado del director de *La Epoca*, D. Alfredo Escobar, en que este señor contesta al *Palique* de *Clarín* publicado en el número anterior. La falta de espacio nos impide insertarle hoy. Lo haremos la semana próxima.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Chocolate.—Bueno, pero eso parece el primer síntoma de la locura. ¡Cuidese usted!

Febrero.—No veo la distinción, ni el agradecimiento, ni nada. Tenemos razón hasta la punta del pelo. Y ¿quién le mete á usted en esas cosas?

Sr. D. B. G.—Madrid.—De cuya composición se deduce que el autor anda mal de consonantes y de asonantes.

Madrileño.—«Que no me maldigas tú
es lo que quiero
porque iba sin malicia
al darte el beso.»

Y al hacer las coplas. Y le engañó el deseo villanamente.

Petrola.—«Con iracunda fiera
cual Leon embrabecido
rompí la crisma á tu marido
ayer en la dehesa.»

¡Y menos mal si se hubiera usted concretado á eso! Pero lo peor es que rompió usted la crisma á la poética y á la ortografía. Tres crismas en un instante.

Peláez.—Aliviarse, y escriba usted en llegando.

Alegria.—Vamos, hombre, que Dios le conserve muchos años la gana de broma.

Moreno sin verruga.—Pues si los otros eran verdes, éstos son pálidos, y váyase lo uno por lo otro.

Sr. D. M. G.—Con una humorada bastará para muestra:
«La mujer, por cruel que sea,
siempre mi corazón menea.»

¿Basta ó no basta?

Sr. D. J. C.—Barcelona.—Son malos, sin circunstancia atenuante de ninguna especie.

Sr. D. F. G. de S.—Pero ¡Santo Dios, santo fuerte! ¡Si no cuenta usted las sílabas!

El tío de los Corrucos.—Defecto de que usted adolece también, desgraciadamente.

X. Y. Z.—Vulgaridad rayana en cursilería.

Simplicio.—No, ése no es el *belso*, como usted dice; eso es una guasa viva.

Don Fulano.—No mande usted la firma: ¿á qué molestarse?

Sr. D. R. I.—Madrid.—Mal.

Sr. D. M. R.—Riotinto.—No está claro el número que necesita. *La vida cursi* cuesta 3,50 pesetas, en la librería de Fe.

Sr. D. J. G. V.—Hay que tener cuidado de las sílabas, del ritmo... y de una porción de cosas más.

Advocatus.—El asunto es una vulgaridad, y la forma está hecha una lástima.

¿Vale?—No, señor. Más claro, agua.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Deje usted en paz á los fieles difuntos y á los versos... por ahora al menos.

Ceborrinche.—El cuento es viejo y la manera de contarle... debía ser vieja también.

Sr. D. R. A.—Madrid.—No hay de qué darlas, porque no es publicable. La titula usted *soneto ó relación*, y ni es relación ni soneto, ni cosa que lo valga.

Villadangos.—No dé usted consejos y tome el siguiente: ¡Nada de versos! ¡Vale más que le entierren á uno con palma!

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



Dicen que ya no me quieres, no me da pena maldita, que vivo contento y gordo comiendo en las Tullerías.

Matute, 6.



REUMA

Se alivia á la primera untura, sin necesidad de masaje, y se cura con uno ó dos frascos de *Bálsamo de Orive*, cuando nada se consigue con otros medicamentos pomposamente anunciados. La recomendación de paciente á paciente y cartas laudatorias de médicos de fama, hicieron la propaganda de tan superior calmante de toda clase de dolores reumáticos. Pedirlo en todas las farmacias de crédito. Por mayor á su autor, *Bilbao, y M. García, Madrid.*



¡Jesús! ¡Cuánta rodillera en tu pantalón! ¡Lo ves? ¡Pues nunca te sucediera si lo gastaras inglés de los que vende *Pesquera!*

Magdalena, 20.



En los ejercicios de artillería, un casco de granada alcanzó á dos artilleros. Al uno le deshizo el cráneo, al otro le dió el proyectil en la boca y no le causó daño alguno porque se le aplastó en los dientes. ¡Usaba dentadura inamovible de *Tirso Pérez!*

Mayor, 73.



—¿Qué desea el señor?
—Hombre, es verdad que iba á llamarte, pero no he llamado todavía.
—Pues ha sonado el timbre.
—¡Ah! Vamos, es que es de casa de *Irigoyen*, y ha salido de tan buena clase que adivina los pensamientos.

Esparteros, 3.



Yo me creo una sultana solamente con oler los aromas de la *Perfumería Americana.*

Espez y Mina, 26.



¡Y qué tengo yo que ver con que cierren la frontera, si me he comprado anteayer *cognac fino de Moguer*, que es un *cognac* de primera.

Sobrinos de Guinea. Carretas, 27 y 29.—Levis, Mayor, 39



Debes tirar de una noria, por lo tonto é ignorante, si al instante no vas á casa de *SORIA* y te compras un brillante.

Magdalena, 18.



Una mujer me ha dejado en camisa, y no estoy triste, porque tengo una camisa de la casa de *Martínez.*

San Sebastián, 2.



Nada, patrona, esto es hecho; siempre volveré á esta fonda, no por la mesa redonda, sino por el blando lecho (1).

(1) El cual procede del Bazar de camas de la plaza de la Cebada, núm. 1.



CERTAMEN NACIONAL

¡Mantones y toquillas superiores!
¡superiores! ¡superiores!
que no los hay más fuertes ni mejores,
ni mejores, ni mejores...

Tirso Rodríguez.—Atocha, 75 y 77.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID